
JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea

Jaime Fernández Miranda
Universidad Nacional de Rosario, Argentina,
Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños;
maestriaunr@gmail.com
Enviado a evaluación en Enero 2017/Aprobado Mayo 2017

Resumen

Entre los niños que recibimos actualmente en nuestro trabajo clínico – en consultorio particular, escuchamos con frecuencia la inconsistencia del sentimiento de culpa, el predominio de la angustia frente a la pérdida de amor y del tormento de la insignificancia narcisista, la fuerte presencia de la crueldad y del sadismo y, consecuentemente, la fragilidad de los lazos de amor. El presente artículo se propone profundizar en esta particular constelación clínica, que se inscribe como malestar en la cultura contemporánea, es decir, como reverso de la ética neoliberal basada en el imperativo de éxito individual.

Palabras clave

Culpa - Insignificancia - Crueldad - Cultura - Neoliberalismo

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Sobre o mal-estar infantil na cultura contemporânea

Jaime Fernández Miranda
Universidad Nacional de Rosario, Argentina,
Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños;
maestriaunr@gmail.com
Enviado a evaluación en Enero 2017/Aprobado Mayo 2017

Resumo

Na atualidade, entre as crianças que recebemos no nosso trabalho clínico em consultório particular, com frequência escutamos a inconsistência do sentimento de culpa, o predomínio da angústia frente à perda de amor e do tormento da insignificância narcísica, a forte presença da crueldade e do sadismo e, conseqüentemente, a fragilidade dos laços de amor. O presente artigo propõe aprofundar esta particular constelação clínica, que se inscreve como mal-estar na cultura contemporânea, isto é, como reverso da ética neoliberal baseada no imperativo do sucesso individual.

Palavras-chave

Culpa - Insignificância - Crueldade - Cultura - Neoliberalismo

About discontent of children in contemporary culture

Jaime Fernández Miranda
Universidad Nacional de Rosario, Argentina,
Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños;
maestriaunr@gmail.com
Enviado a evaluación en Enero 2017/Aprobado Mayo 2017

Abstract

At present, among the children who we receive for clinical treatment in the private practice, we frequently perceive the inconsistency of guilt, the prevalence of the anxiety concerning the loss of love, the torment of the narcissistic insignificance, a strong presence of cruelty and sadism and, consequently, the fragility of love relationships. The present article proposes to make a careful study of this particular clinical constellation, that appears as discontent in contemporary culture, i.e., as reverse of the neoliberal ethics based in the imperative of individual success.

Keywords

Guilt - insignificance - Cruelty - Culture - Neoliberalism

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea

Jaime Fernández Miranda
Universidad Nacional de Rosario, Argentina,
Maestría en Clínica Psicoanalítica con Niños;
maestriaunr@gmail.com
Enviado a evaluación en Enero 2017/Aprobado Mayo 2017

Acerca de la declinación de la culpa

Fernando, de ocho años de edad, ha sido diagnosticado como ADHD y se halla medicado con metilfenidato desde los seis años. Sus padres deciden acudir a un psicólogo a causa de los desbordes de ira de su hijo, que acaban en episodios de violencia desmedida con sus pares.

Durante los primeros meses de análisis, Fernando no hace otra cosa que exponer sus rasgos más idealizados. “Yo soy el mejor”, repite una y otra vez. Ser el mejor es la única identificación posible para el yo, y esto lo sitúa frente al abismo de su negativo -no ser el mejor- y el sentimiento de insignificancia que lo acecha detrás de cada falla.

“El mejor” es uno solo, no hay lugar para “los mejores”. Por ello, las relaciones con niños de su edad son muy hostiles. Fernando no tiene amigos. Se burla constantemente de sus compañeros, los somete a crueles humillaciones. Ciertamente, la crueldad entre niños formaba parte de la infancia en otras épocas, pero en Fernando parece haber caído definitivamente cualquier forma de preocupación por el otro, cualquier tabique a la crueldad. Fernando lleva al límite un rasgo que es posible hallar en muchos niños actuales, la ausencia de un registro del dolor y del placer del otro, que amenaza con sumergir el análisis en la futilidad.

En una sesión, Fernando relata una pelea con un compañero de curso sucedida esa misma mañana. Al salir al recreo, el otro niño lo está esperando para una riña. Fernando lo ve, se abalanza sobre él, golpea la cabeza del otro contra una pared, repetidamente, luego todo se vuelve confuso, los gritos, la sangre, los doctores, alguien que lo toma por detrás.

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Mientras relata esto, Fernando llora profusamente. El niño está desolado, pero, llamativamente, su sufrimiento no está asociado a sentimientos de culpa sino a la angustia de perder el amor de sus padres. Fernando evoca desgarrado el gesto de decepción en el rostro de su papá al enterarse de lo sucedido. Esto implica que su violencia destructiva no es en sí algo malo, condenable, sólo lo es en tanto decepciona al otro. Y, en consonancia con esto, no aparece ninguna consideración por el daño producido al otro niño: “qué me importa si fue al hospital, ojalá que se muera así no me jode más.” Claro que su violencia retorna bajo el modo de un temor persecutorio en que el otro desplegaría su furia sobre él del mismo modo en que él lo hizo: “me metí en un quilombo, me van a buscar con navajas, me van a matar, no sé qué hacer.”

Fernando plantea un problema mayor al psicoanálisis. Él, como tantos otros niños que analizamos actualmente, nos pone frente a una inconsistencia del sentimiento de culpa que conmueve una idea matricial del psicoanálisis, aquella que, desde el mito freudiano del asesinato del padre primordial, emplaza la culpa en meollo de la cultura y, consecuentemente, hace de ella el sentimiento moral en cuanto tal. Ahora bien, como siempre, la clínica nos invita a descompletar la teoría, en este caso a interpelar la indisoluble articulación estructural entre la ley, el deseo, la angustia y la culpa, no para firmar su acta de defunción sino para plantear que, si bien una cuota de culpa parece ser inherente a todo lazo social mínimamente reglado, es también cierto que cada cultura particular, con su ética particular, ensancha o angosta el terreno de la culpa (y también, por cierto, el de la angustia).

En este punto, el recelo de cierto psicoanálisis a interrogar sus fundamentos suele propiciar una confusión de la inconsistencia de la culpa con la perversión, adjudicada sin más a un fracaso en la función de la ley y a la caída cultural del padre, como si el padre fuera el logos derrocado cuyo poder habría que restaurar. La añoranza de un padre potente que reinstaure el orden se inscribe como horizonte nostálgico para un psicoanálisis decadente, un psicoanálisis

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

que, incapaz de repensarse a partir de la clínica, acaba adscribiendo a una ideología retrógrada, cuando no a ideas triviales del tipo “a los niños les faltan límites.”

Pensamos que la cultura contemporánea constriñe fuertemente tanto el sentimiento de culpa como aquello que Winnicott llamaba la capacidad para preocuparse por el otro (Winnicott, 1963). Una ausencia de registro del otro, de su dolor y su placer, parece atravesar a muchos niños en la actualidad, deshumanización de la alteridad que conlleva un terror persecutorio al retorno de lo siniestro desde el otro.

Planteamos la hipótesis de que la declinación del sentimiento de culpa es indicio de una modalidad particular de malestar que se inscribe como reverso de la cultura neoliberal. ¿Nos enfrentamos a una inconsistencia de toda legalidad, al desmoronamiento de la ética, o bien a una nueva ética cultural que articula de un modo diferente la relación intersubjetiva?

La culpa, entre la servidumbre y el amor

Las coordenadas principales del problema de la culpa en psicoanálisis, deben ser situadas en la tensión entre dos trayectos capitales del freudismo, el primero que halla su punto más alto en Tótem y tabú (Freud, 1911), el segundo en El malestar en la cultura (Freud, 1930).

Por un lado, el conocido derrotero de Tótem y tabú emplaza la culpa como un universal sobre el cual reposa la cultura como tal, universal que en Freud asume, como es habitual, la forma de una transmisión filogenética: la culpa, correlativa al asesinato del padre de la horda primordial, da ocasión a la alianza fraterna y la prohibición del incesto sobre las que se asienta la cultura, conformando un arquetipo originario que se trasmite de generación en generación. Esta versión lamarckiana de la filogénesis como trasmisión hereditaria de caracteres adquiridos -aún aberrante para la biología de la época de Freud- fue reabsorbida a partir de los años '50 por la categoría de universal simbólico viabilizada por la impronta estructuralista. Y si bien este reordenamiento ha tenido la enorme virtud de desbaratar cualquier intento de anclar lo

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

universal en la biología, conocemos a la perfección el estrago que ha producido y sigue produciendo el estructuralismo no asumido que impregna gran parte del psicoanálisis contemporáneo, a saber, la dilución de la historia, la sexualidad y la singularidad en una combinatoria formal. Y, en lo concerniente a la culpa, esta impronta ha incorporado al sentido común psicoanalítico la irreductible ligazón estructural entre la culpa y el asesinato del padre; de este modo, la teoría de la culpa se ha visto reducida al modelo de la neurosis obsesiva (modelo que baliza de punta a punta el derrotero de Tótem y tabú) devenida una posición trascendental del sujeto con respecto al deseo.

Por otro lado, en *El malestar en la cultura*, Freud se aboca minuciosamente a establecer una suerte de ontogénesis del sentimiento de culpa, desglosando sus tiempos de instauración en el niño pequeño. Aquí, el problema de la culpa se ve asediado por el mismo estrago que asola a todo aquello que, desde *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905), es planteado en términos de estadio, un genetismo que abreva de una temporalidad cronológica que, tarde o temprano, acaba anclando en la biología.

Escamoteando el genetismo y el estructuralismo, es posible arribar a una noción de temporalidad en la infancia, temporalidad que sólo es asible en la tensión irreductible, en el intervalo irrevocable, entre el ya-ahí de la estructura y los avatares estrictamente singulares y contingentes de la historia infantil. En este sentido, entonces, la culpa preexiste al sujeto y, al mismo tiempo, está sujeta a las vicisitudes y los tiempos de instauración de la conciencia moral en el niño. Y en el seno de esta tensión entre historia y estructura, como intentamos demostrar en este texto, ocupa un lugar decisivo el modo en que cada cultura particular dibuja los personajes del escenario infantil y escribe, dentro de ciertos márgenes universales, su propia narrativa histórica.

Comencemos, pues, por el modo en que Freud sitúa los tiempos de instauración del sentimiento de culpa en el niño pequeño. En *El malestar en la cultura*, la culpa emerge en la desembocadura de un momento anterior y decisivo, la renuncia pulsional, sobre la cual, según

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Freud, reposa la cultura: “la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional”, (Freud, 1930, p. 96) escribe taxativamente. Esto significa que antes de incorporar la legalidad, antes de que sean instauradas la conciencia moral y el sentimiento de culpa, el niño renuncia al placer pulsional por

angustia frente a la pérdida de amor. Si pierde el amor del otro, de quien depende, queda también desprotegido (...) frente al peligro de que este ser hiperpotente le muestre su superioridad en la forma del castigo. (Freud, 1930, p. 120)

En un primer tiempo, entonces, el niño renuncia a sus deseos -o acepta los límites a sus deseos- no porque asume e incorpora una legalidad, sino porque se somete al sujeto que la enuncia. Servidumbre frente al abismo de una pérdida de amor devastadora que dejaría al niño a merced del mayor de los peligros, la irrupción del sesgo más siniestro del adulto. En efecto, en el fantasma del niño el adulto no transmite una legalidad que lo trasciende, sino que impone su poder de modo arbitrario. Aquí, como siempre, el fantasma captura un sesgo de la verdad ya que, a diferencia de lo que plantea cierto psicoanálisis cada vez más ajeno al núcleo de su propia experiencia, el adulto no trasmite una ley aséptica sino ya contaminada por sus pasiones más sombrías, por sus deseos infantiles reprimidos, impronta al interior de la cual se va forjando el costado más tiránico, más caprichoso y pulsional del superyó.

El niño, pues, se somete a esa mezcla paradójica de logros y goce que ofrece el adulto y, en consecuencia, sus propios actos no son para el niño objeto de un tratamiento moral (sea como sea que concibamos la moral). Escribe Freud:

Lo malo es, en un comienzo, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida de amor; y es preciso evitarlo por la angustia frente a esa pérdida. (Freud, 1930, p. 120)

La angustia del pequeño, en consecuencia, surge sólo ante la posibilidad de ser descubierto ¿Cómo concebir, pues, el pasaje que va de la angustia frente a la pérdida de amor al sentimiento de culpa? Imposible no acudir aquí a un célebre párrafo freudiano:

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Sólo sobreviene un cambio importante cuando la autoridad es interiorizada por la instauración de un superyó. Con ello, los fenómenos de la conciencia moral son elevados a un nuevo grado {estadio}; en el fondo, únicamente entonces corresponde hablar de conciencia moral y sentimiento de culpa. En ese momento desaparece la angustia frente a la posibilidad de ser descubierto, y también, por completo, el distingo entre hacer el mal y quererlo; en efecto, ante el superyó nada puede ocultarse, ni siquiera los pensamientos. (Freud, 1930, p. 121)

Además de los evidentes problemas que esta noción de una interiorización lineal impone a la teoría y a la clínica (superposición del superyó con el padre, por ejemplo, que reduce la clínica del niño a una intervención sobre el escenario edípico “real”), es posible hacer la crítica de la lógica evolutiva que signa el citado párrafo: efectivamente, sin que sepamos cómo, la autoridad del adulto acabaría por ser interiorizada y erigida como superyó, inaugurando la conciencia moral y el sentimiento de culpa.

Sin embargo, en muchos niños actuales, la angustia frente a la pérdida de amor ha ocupado todo el terreno que solíamos adjudicarle al sentimiento de culpa, con lo cual no hay conflicto con el acto ni con el deseo, sino, exclusivamente, con la sanción del otro. En estos casos, como vemos en Fernando y en otros niños, la cuestión no se juega entre lo lícito y lo prohibido sino entre ser descubierto-no ser descubierto, es decir, ser amado-no ser amado. Y, en consecuencia, el niño no queda expuesto al tormento de la culpa sino sometido a los desoladores vaivenes del amor del otro.

Entonces, la renuncia pulsional por angustia frente a la pérdida de amor no deriva necesariamente en la instauración del sentimiento de culpa, siguiendo una suerte de evolución natural. Hace falta aún otra operación para que se instale la culpa, operación que podemos circunscribir recurriendo a una idea que suele ser pasada por alto y que resulta altamente fecunda para pensar el lugar de la culpa en la clínica: en muchos tramos de la obra de Freud, el problema de la ley y de la culpa no puede ser asido sin poner en su meollo “la participación del amor en la génesis de la conciencia moral” (Freud, 1930, p. 128). Esta idea extraordinaria, que

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

anuda inextricablemente la culpa y el amor, tendrá una fuerte resonancia en algunos de los más importantes autores ingleses: para Melanie Klein (1948), el sentimiento de culpa señala el punto en que el amor pone límite al impulso destructivo y al odio; para Winnicott (1963), la culpa se inscribe como el reverso de la capacidad para preocuparse por el otro.

En suma, la culpa no sólo está ligada con el tormento superyoico sino, además, con el cuidado hacia el objeto amado. Y eso porque existe una dimensión amorosa de la renuncia pulsional, que resulta decisiva para que se establezca el sentimiento de culpa: el niño renuncia a aquello que le da placer no sólo porque el otro podría dejar de amarlo o porque teme su castigo, sino, también, porque siente que su deseo o su acto producen dolor al adulto a quien ama. Y el sentimiento de culpa, entonces, se va articulando entre el sometimiento al otro y el amor al otro. Por eso, la culpa tiene un carácter irreductiblemente paradójico: es atormentadora y al mismo tiempo pacificadora, tiránica y a la vez ordenadora. Es imposible pensar la culpa sin el suplicio moral de un superyó torturante y sádico que se abate sobre el sujeto, pero también es imposible abordar la culpa sin su dimensión amorosa.

Con este derrotero, vale aclarar, no intentamos hacer una celebración nostálgica de la culpa sino leer la clínica y la época en su declinación. Y todo nos conduce a pensar la declinación de la culpa como correlato del desfondamiento del lazo de amor en la cultura actual. La culpa se desdibuja junto con su dimensión amorosa, pero el suplicio superyoico, lejos de desaparecer, está traspuesto al tormento de la insignificancia narcisista, más voraz, más inapelable. A fin de cuentas, el sentimiento de insignificancia que acecha a muchos pacientes como Fernando, que aplasta a tantos otros niños sumidos en profundas inhibiciones de cuño depresivo, ¿no evidencia una tiranía superyoica que, a diferencia de la culpa, ha sido desanudada de toda dimensión amorosa? ¿No es la insignificancia el automartirio de un narcisismo enclaustrado, donde se ha diluido definitivamente el lugar del otro como semejante?

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

La crueldad, el sadismo, la compasión

La cultura neoliberal lleva en su seno el socavamiento de los lazos amorosos, y el índice más palpable de este socavamiento es la declinación del sentimiento de culpa. De este modo, la crueldad queda instalada en el corazón del lazo con otros. Ahora bien, ¿en qué consiste la crueldad?

La pulsión, escribe Winnicott, “usa al objeto sin importarle las consecuencias, cruelmente” (Winnicott, 1963, p. 99). Crueldad es un modo de nombrar el tratamiento despiadado, voraz, aprehensivo y a la vez destructivo, que la pulsión da a los objetos. La pulsión es “cruel” en tanto el otro no es para ella más que un lugar donde satisfacerse, apenas el objeto contingente, desechable y destructible de su movimiento compulsivo a la satisfacción imposible.

La crueldad es el despliegue pulsional no coartado por el registro del dolor y del placer del otro, y como tal, es importante diferenciarla del sadismo que consiste, según Freud, en una “afirmación de poder” (Freud, 1915, p. 123), vale decir, en el establecimiento de una relación asimétrica con el otro cuyo meollo es la humillación y el sojuzgamiento. Todo sadismo es cruel, pero no toda crueldad es sádica, y sin embargo crueldad y sadismo aparecen amalgamados y confundidos en la reducción del objeto a un mero lugar de goce, allí donde el otro es deshumanizado.

La crueldad y una cierta cuota de sadismo son inherentes a la sexualidad del niño. A fin de cuentas, el pequeño muerde, araña, golpea, intenta afirmar su poder tiranizando al adulto, despliega sus pulsiones sin registro alguno del dolor del otro. La cuestión, entonces, se juega en el modo en cada cultura instaura diques a la crueldad y al sadismo del niño.

La crueldad es cosa enteramente natural en el carácter infantil; en efecto, la inhibición en virtud de la cual la pulsión de apoderamiento se detiene ante el dolor del otro, la capacidad de compadecerse, se desarrolla relativamente tarde. (Freud, 1905, p. 175)

La compasión, señala Freud, es aquello que hace obstáculo a la crueldad infantil. Fue Silvia Bleichmar quien, en un formidable texto titulado Del polimorfismo perverso al sujeto de la

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

ética, rescató de la obra de Freud la idea de compasión para situarla en el corazón del sujeto ético (Bleichmar, 2005). Ciertamente, en su uso corriente, el término compasión carga con connotaciones que lo aproximan a una moral insulsa basada en la lástima, y sin embargo su etimología designa muy otra cosa, a saber, la capacidad de compartir el dolor y el placer del otro, la capacidad extraordinaria de participar de algún modo de una experiencia afectiva que es ajena. Siguiendo esta línea, si un niño renuncia a los placeres pulsionales por amor, es decir, porque supone que su acto produce malestar en el otro, esto supone que ha hecho propios, de alguna manera, el placer y el dolor del otro.

Esta idea de compasión como apropiación del placer y el dolor del otro, ofrece la matriz para un replanteo profundo del problema moral en psicoanálisis. La compasión podría ser pensada como el sentimiento moral por antonomasia, a condición de no reducirla a la identificación. Seguramente, para que la experiencia del otro pueda ser acogida por el sujeto es menester que sea de algún modo identificada con la propia, leída según el código de la propia experiencia. Pero este es sólo un sesgo del asunto. La compasión no podría ser pensada enteramente a partir de la identificación, ya que esta exige que haya un “punto de coincidencia entre los dos yo” (Freud, 1920, p. 101), y lo extraordinario de la compasión es que, por el contrario, desborda cualquier punto de coincidencia. La compasión se establece respecto de una experiencia ajena que no sólo no puede ser sentida sino, en el límite, tampoco puede ser comprendida.

Una niña de seis años tiene una particular sensibilidad hacia un compañero de escuela que tiene una marcada discapacidad motriz. No deja de preguntárselo, y aun así le resulta inimaginable, cómo sería su propia vida si ella no pudiera caminar. En esta pregunta sin respuesta está ya en juego la capacidad compasiva. La niña hace suyo el sufrimiento insondable de este niño, y entonces lo defiende a rajatabla de las burlas de sus compañeros. La compasión sucede en los límites de la identificación, supone una cierta asunción de lo no identificable del otro, la apropiación de una experiencia que es radicalmente ajena.

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

En suma, la compasión implica la identificación de la experiencia del otro con la propia, pero, al mismo tiempo, el reconocimiento de su irreductible ajenidad. En la compasión, el otro deviene semejante, a la vez similar y diferente, asible e insondable, identificable y opaco. Por ello, la experiencia de la compasión es coalescente con la construcción del objeto de amor.

Fernando nos muestra de modo radical algo que, de formas menos extremas, podemos apreciar en muchos de los niños que analizamos actualmente, y es que la fuerte presencia de la crueldad y el sadismo está intrínsecamente ligada a una particular experiencia de la alteridad en la que ha sido abolida la dimensión compasiva -donde, por ende, el otro no adviene al estatuto de semejante-, y que es el correlato de la ética cultural contemporánea cuyo núcleo es el imperativo de éxito individual.

La inhibición y la insignificancia

La problemática de Fernando, habitual entre las consultas que recibimos actualmente en nuestros consultorios, halla su contrapartida en otra problemática, también habitual, en que el niño se halla capturado en una inhibición absoluta, sumido en un profundo sentimiento de insignificancia narcisista. Una y otra parecen ser el reverso y el anverso de una misma constelación clínica habida cuenta, además, de que ambas posiciones suelen ser oscilantes. En efecto, me he encontrado con muchos niños cuya omnipotencia se sostiene en el fantasma de haberse engendrado a sí mismos a partir de un pasado de absoluta impotencia, así como con muchos otros niños cuya inhibición está tramada con la nostalgia de épocas en que se animaban a todo, en que todo lo podían. Como se ve, la lógica maníaco-depresiva nos ofrece un paradigma extraordinario para pensar muchos de los problemas a que nos confronta la clínica contemporánea.

A sus ocho años de edad, Bruno se halla sumido en un estado de retraimiento generalizado que le impide todo contacto con el exterior. No tiene amigos, no se relaciona con nadie por fuera de su familia, sólo sale de su casa para ir a la escuela, siempre acompañado por su padre.

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Bruno posee un humor sombrío, el cuerpo rígido y encorvado, un rostro apocado que jamás sonríe, ojos profundamente melancólicos que rehúyen la mirada. Ingresa al consultorio, me saluda sin mirarme y se dirige apresurado al escritorio. Toma un lápiz y comienza a dibujar.

Durante largos meses de análisis, Bruno no hará otra cosa que dibujar y hablar de la escuela. Su profunda inhibición lo hace objeto de burlas crueles a las que él se somete pasivamente. Mientras refiere estas cuestiones en un tono de lamento monocorde, Bruno dibuja monstruos, sangre, desmembramientos corporales, la aniquilación de sus agresores, la destrucción absoluta del mundo que habita. Hay un fuerte contraste entre el delicado tono de su discurso y la violencia de la mano que dibuja un apocalipsis sangriento.

La relación de Bruno con la violencia pulsional que lo acecha es claramente ambigua: el desborde es tan temido como deseado. Por un lado, la posibilidad de una emergencia de sus deseos mortíferos lo aterra, su inhibición general es un modo de protegerse de ellos. Por otro lado, Bruno no desea otra cosa que poder darle curso a un desbordamiento pulsional que le permitiría destruir a quienes lo acosan día tras día, romper las cadenas del sometimiento, emerger de la insignificancia depresiva bajo los auspicios de la omnipotencia maníaca. Bruno, como tantos otros niños llamados depresivos, se halla atrapado entre una inhibición absoluta - degradante pero protectora- y una desinhibición masiva -aniquilante pero embriagadora. Del mismo modo que en Fernando, la sexualidad infantil no halla su estatuto a partir de la lógica represión-angustia-síntoma, sino de una lógica inhibición-desinhibición que empuja el análisis hacia una aporía.

Bruno vive atormentado por aquellos fantasmas mortíferos al abrigo de los cuales la represión y el desconocimiento ponen a los niños neuróticos. Los fantasmas destructivos crudos y elementales producen parálisis, inhibición e impotencia, no sentimientos de culpa. Bruno teme que el control desfallezca y un acto criminal sea ejecutado por su cuerpo a expensas de sí mismo. Bruno no teme al deseo sino al acto. La inhibición general del acto, de todo acto, del acto en cuanto tal, viene al lugar de la represión del deseo o, más precisamente, la inhibición

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

global sutura los agujeros de una represión fallida. En tanto que la represión implica desconocimiento del deseo, una enérgica repulsa y a la vez un “comercio” con él, la inhibición es la supresión del acto que vacía al sujeto y lo deja sumido en la parálisis y el pánico constante de un desbordamiento aniquilante.

El término inhibición, en su polisemia, en su formidable imprecisión resulta adecuado para designar tanto el coartamiento absoluto del acto como la impotencia, la destitución subjetiva y el vaciamiento del yo. Es posible enhebrar, pues, bajo la rúbrica de la inhibición, los dos trazos más significativos de las problemáticas depresivas del niño, por un lado, un sentimiento de insignificancia paralizante, por otro lado, la supresión del acto como modo de arreglárselas con el costado más oscuro, más mortífero de la sexualidad.

Entonces, si los excesos pulsionales en pacientes como Fernando están anudados a la figura de un yo ideal para el que no existe límite alguno, la inhibición depresiva de Bruno, al mismo tiempo que resguarda al sujeto de la desmesura pulsional, instaura un clivaje radical entre el yo y este yo-ideal. En otras palabras, la inhibición protege al niño de una pulsionalidad mortífera al costo de posicionarlo como negativo de este yo-ideal. Para evitar el temblor de poderlo todo, Bruno acaba por no poder nada.

Bruno y Fernando son el anverso y el reverso de un yo-ideal de omnipotencia narcisista. Acosado por un sentimiento de insignificancia que lo acecha detrás de cada falla, detrás de cada derrota, Fernando se ve condenado a la exaltación maníaca. Bruno, por su parte, se halla profundamente sumergido en la experiencia de insignificancia depresiva. En ambos casos, la hipertrofia de un yo sin límites parece ser el único modo posible de validación narcisista.

La ética neoliberal en la clínica del niño

Recibo a los padres de Juan en una primera entrevista. La madre me habla angustiada de su hijo de cinco años, quien golpea a los compañeros y a la maestra, quien se descontrola en ataques de furia cada vez que algo no sucede según sus deseos. El padre oye en silencio, con

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

rostro desinteresado, con aire despectivo, la elocución afectada de la madre. Promediando la entrevista, el padre decide tomar la palabra: “Yo dudé mucho en hacer esta consulta, y aún no estoy totalmente de acuerdo. Yo me doy cuenta que a Juan le pasa algo, que él es demasiado agresivo, pero yo no quiero que la terapia le saque la agresividad que él tiene, porque la va a necesitar en la vida, sobre todo si trabaja en un lugar como el que yo trabajo.” El padre de Juan tiene un cargo ejecutivo en una gran empresa.

Esta entrevista explicita algo que vemos de modo más velado en muchas entrevistas con padres, a saber, que el imperativo dominante en la cultura neoliberal, aquel que prescribe sin matices ni atenuantes el éxito individual, no sólo tolera sino que exige ciertos excesos pulsionales que dan una coloración particular a la clínica y al lazo entre niños en la actualidad. El padre de Juan, como tantos otros padres, no hace más que transmitir a su hijo un ideal de época que ha sido naturalizado, universalizado por la ética neoliberal. La idea de que el éxito individual expresa la verdadera naturaleza humana -en otras palabras, la fusión perfecta entre éxito y felicidad- es tan omnipresente que no se la ve, aparece encarnada en cada sujeto como aquello que lo constituye y que organiza todo el campo identificadorio.

Esto nos impulsa a cuestionar una idea planteada por Zigmunt Bauman en los albores de la década del '90. La novedad de la ética posmoderna, según este autor, sería el derrumbe de todo fundamento extrínseco –heterónimo- de las acciones morales. No sin cierto aire triunfal, Bauman saludaba “la emancipación del yo moral autónomo y la reivindicación de su responsabilidad moral” (Bauman, 1997, p. 22). Para Bauman, en consecuencia, la caída de la modernidad abriría la perspectiva de una “moralidad sin un código ético” (Bauman, 1997, p. 40), idea cuestionable a partir de la clínica con niños en la actualidad que, por el contrario, nos pone frente al apremio de la ética neoliberal, tanto o más sofocante y rígida que la ética cristiana. Hace ya casi veinte años, Michel Houellebecq lo expresaba de un modo particularmente luminoso:

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

La publicidad (...) Aunque su objetivo es suscitar, provocar, ser el deseo, sus métodos son, en el fondo, bastante semejantes a los que caracterizaban a la antigua moral. La publicidad instaura un superyó duro y terrorífico, mucho más implacable que cualquier otro imperativo antes inventado, que se pega a la piel del individuo y le repite sin parar: "Tienes que desear. Tienes que ser deseable. Tienes que participar en la competición, en la lucha, en la vida del mundo. Si te detienes, dejas de existir. Si te quedas atrás, estás muerto. (Houellebecq, 1998, p. 122)

No ha caído el tormento superyoico, sólo ha cambiado de estatuto. El superyó contemporáneo no azota al sujeto con la vara de la culpa, sino que lo reduce a la nada con la mirada despectiva de la insignificancia, modo de padecimiento que ha adquirido cierta dominancia en las últimas décadas, y que se inscribe como reverso de una ética cultural basada en el imperativo de éxito individual.

La cultura neoliberal instaura la hipertrofia narcisista como referencia identificatoria excluyente. El mito del Uno, ese individuo sin límites que está más allá del amor y de la ley y para el que todo goce sería alcanzable, está siempre en el horizonte de la enunciación publicitaria. Este lugar de absoluta excepcionalidad tiene un carácter excluyente: no puede haber dos Unos. El imperativo de éxito individual empuja a los sujetos a una lucha constante y desreglada, a veces estruendosa, otras silenciosa. De este modo, las innumerables variaciones de la tensión narcisista modelan un lazo violento, hostil y persecutorio donde siempre está en juego la repartija del ideal y su negativo. La crueldad por puro placer, el sadismo como afirmación de poder no son transgresiones a las normas ni el síntoma de una ausencia de normas (como suele pretender la noción de bullying), sino excesos concedidos al Uno, es decir, en este caso, el correlato inevitable de la ética neoliberal.

Ahora bien, el Uno requiere la sanción del otro. El éxito exige la mirada del otro para existir como tal, con lo cual no hay éxito sin la espectacularización de la vida cotidiana. El auto nuevo no es éxito sino se muestra, un logro profesional no es tal si no se publica, un viaje halla su estatuto definitivo cuando deviene fotos en Facebook. El consumo aparece indisolublemente

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

entramado con el prestigio, allí donde la capacidad de consumo no es sólo el correlato de un goce pulsional ilimitado (Fernández Miranda, 2016) sino, además, un indicador de éxito. El otro cuenta como rival o como espectador. El sujeto pende del inestable reconocimiento del otro y, por ende, la omnipotencia del Uno está irremediablemente afectada por una profunda fragilidad.

El imperativo de éxito es implacable. La amenaza del fracaso se cierne sobre el sujeto. Nadie está a salvo. Si el éxito está asociado a una épica del auto-engendramiento comandada por el mito meritocrático inherente a la ética neoliberal, también el fracaso es pura responsabilidad individual. La ética del éxito no admite matices ni fugas. Se es o no se es. Se es exitoso o fracasado. Se es exitoso o no se es nada.

Un sentimiento de insignificancia aplastante pende sobre el sujeto y, de tanto en tanto, se abate sobre él, o bien se instala en el centro de su vida ¿Cuántos niños, como Bruno, se hallan coagulados en un sentimiento de insignificancia depresiva, niños que, allí donde Juan y Fernando pretenden que lo pueden todo, ellos sienten que no pueden nada? ¿Cuántos niños sumidos en una profunda inhibición que los hace objeto de la crueldad de los otros? Niños, finalmente, en quienes la omnipotencia destructiva se ofrece como única salida posible a su sentimiento de insignificancia, niños atrapados entre una inhibición absoluta y la fantasía de una desinhibición masiva tan deseada como temida.

Bruno y Fernando son los dos rostros de la hipertrofia narcisista consustancial con la ética neoliberal, que ha hecho del éxito individual, cifrado en el mito del Uno, aquello que impone un sentido a la existencia y ordena el lazo social. La cultura neoliberal se deja leer mejor en las oscilaciones maníaco-depresivas que en la culpa neurótica, no porque haya más depresivos que neuróticos, no se trata de una cuestión estadística, sino porque el padecimiento maníaco-depresivo compone el reverso de la ética neoliberal, vale decir, el malestar en la cultura contemporánea, del mismo modo que la culpabilidad componía el reverso de la ética cristiana.

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

Tomar el neoliberalismo por el sesgo de su malestar, conlleva una interpelación profunda al psicoanálisis y a la política. Al psicoanálisis lo conmina a un trabajo de pensamiento que interroga muchos de sus presupuestos nodulares, a fin de pensar una clínica que desafía los fundamentos teóricos y pone en cuestión el meollo mismo de la práctica, allí donde una cierta declinación de la culpa, el predominio de la angustia sofocante frente a la pérdida de amor, el tormento de la insignificancia, la inconsistencia de los lazos de amor, la inquietante presencia de la crueldad y del sadismo, imponen su sesgo a una importante porción de los niños que recibimos en nuestros consultorios. A la política le recuerda aquello que, siendo obvio, una y otra vez pretende olvidar, a saber, que no hay transformación profunda de la subjetividad histórica sin una transformación profunda de la ética, es decir que toda transformación se juega, a fin de cuentas y ante todo, en la dimensión micropolítica del lazo con la alteridad.

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (1993). Ética posmoderna. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- BLEICHMAR, S. (2005). Del polimorfismo perverso al sujeto de la ética, en Revista Actualidad Psicológica, Nº 335. Buenos Aires, Argentina.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, J. (2016). Impacientes. Ensayo psicoanalítico sobre la ansiedad. Disponible en línea en: <http://rodulfos.com/impacientes-ensayo-psicoanalitico-sobre-por-jaime-fernandez-mirand/>
- FREUD, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En Obras Completas. Volumen VII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 1998.
- (1911). Tótem y tabú. En Obras Completas. Volumen XIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 1997.
- (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En Obras Completas. Volumen XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 1995.
- (1920). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras Completas. Volumen XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 2004.
- (1930). El malestar en la cultura. En Obras Completas. Volumen XXI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores, 2004.

JAIME FERNÁNDEZ, M. Acerca del malestar infantil en la cultura contemporánea. INFEIES – RM, 6 (6). Investigaciones - Mayo 2017: <http://www.infeies.com.ar>

HOUELLEBECQ, M. (1998). Aproximaciones al desarraigo. En El mundo como supermercado. Barcelona, España: Anagrama.

KLEIN, M. (1948). Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa. En Obras Completas. Volumen 3. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1997.

WINNICOTT, D.W. (1963) El desarrollo de la capacidad para la preocupación por el otro. En Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 2007.